

PARÍS MAYO 1968

CINCUENTA AÑOS DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL¹

Germán Cáceres

Uno de los hechos más relevantes que condujeron al mayo francés de 1968 lo provocó el cine. En febrero de ese año, el Ministro de Cultura, André Malraux, destituye a Henri Langlois como presidente de la Cinemateca Nacional Francesa, entidad que este último había fundado en 1936 con la colaboración del realizador Georges Franju y del crítico Jean Mitry. El prestigio intelectual de Langlois era enorme, ya que su cinemateca fue fundamental para la historia del cine y, además, había apoyado incondicionalmente la *Nouvelle Vague*. Destacados cineastas formaron un comité y salieron en su defensa; entre ellos estaban Alexandre Astruc, Claude Berri, Robert Bresson, Claude Chabrol, Georges Franju, Abel Gance, Jean-Luc Godard, Joris Ivens, Chris Marker, Alain Resnais, Jacques Rivette, Eric Rohmer, Jean Rouch y François Trauffaut. El 22 de abril Malraux no tuvo otra alternativa que reponerlo en su puesto, pero ya era demasiado tarde.

Un mes antes, un grupo de ocho estudiantes de la Facultad de Nanterre, al frente de los cuales se hallaba Daniel Cohn-Bendit “*Dany le Rouge*” reaccionaron ante el arresto de seis miembros del Comité Nacional de Vietnam y crearon el Movimiento 22 de Marzo. El 3 de mayo los estudiantes de Nanterre “*los enragés*” marchan a la Sorbona para celebrar un mitin de protesta, al que asisten todos los responsables estudiantiles, sindicales y políticos. El rector, desconcertado, manda cerrar la universidad, mientras la policía penetra en ella y arresta a los dirigentes del movimiento. A partir de ese momento comienza la incontenible protesta estudiantil, que se desarrolló sobre todo en el Barrio Latino y fue ferozmente reprimida por la policía.

Una particularidad del mayo francés fue que los obreros se unieron a los estudiantes: el martes 14 de junio, en las proximidades de Nantes, ocuparon la fábrica de Sud Aviation y, pasando por encima de sus sindicatos, las plantas Renault en Cleon, Flins, Le Mans y Boulogne Billancourt fueron a la huelga y, al día siguiente, 15,200 trabajadores se encerraron

en la fábrica Renault y secuestraron a sus directores. El 19 de mayo se había producido un hito histórico: en adhesión a la revuelta de obreros y estudiantes, cineastas conducidos por Trauffaut y Godard impidieron que se desarrollara el tradicional Festival de Cannes.

Además de marcar hechos políticos como las guerras de Argelia —que sensibilizó a la sociedad francesa— y de Vietnam, el análisis del mayo del 1968 baraja una lista interminable y compleja de conceptos: que fue una respuesta al estructuralismo, al que se consideraba reaccionario; que estuvo imbuido del espíritu del espartaquismo alemán, al frente del cual militaron Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht; que se inspiró en las ideas del filósofo Henri Lefebvre y en el pensamiento de la escuela de Frankfurt, sobre todo en Herbert Marcuse... También es indudable que la rebelión desconfiaba de las ciencias sociales: así, el Movimiento 22 de Marzo señalaba que “Uno encuentra sociólogos en la propaganda, en las mil formas de condicionamiento del consumidor”.

Pero la influencia mayor la aportó el *situacionismo*, un movimiento utópico alimentado por el *Dadá* y el surrealismo, que se desarrolló a partir de los años cincuenta y que proponía recuperar la libertad a través de la construcción de situaciones, o sea de un “juego de acontecimientos”. Guy Debord, su máximo exponente, exponía en *La sociedad del espectáculo* (1967) que la alienación emanada del capitalismo no sólo englobaba el trabajo sino toda la actividad humana, cuyas relaciones se habían asimilado a la circulación de mercancías y se identificaban en forma pasiva con el espectáculo ofrecido por los medios de comunicación. Por eso había que cambiar la vida creando situaciones, para romper la rutina diaria y dejar fluir las propias emociones. Debord afirmaba, con Gil J. Wolman, que “Puede decirse que son bastante raras las personas que viven (siquiera sea esa pequeña parte de su vida en que se les permite alguna elección) en armonía con sus sentimientos y con sus juicios”. De allí que en las paredes parisinas de 1968 se escribiera el graffiti: “Mira tu trabajo: la nada y la tortura participan de él”.

El lunes 6 de mayo de 1968, Malraux (que participó con Mao en la revolución china, luchó en el bando republicano

¹ Una primera versión de este artículo fue publicada en el número 60 de *Archipiélago* (abril-junio 2008), en el que conmemoramos los cuarenta años del movimiento estudiantil parisino.



La Sorbona sitiada. Fotografía: Carlos Véjar Pérez-Rubio



El Boulevard de Saint Germain. Fotografía: Carlos Véjar Pérez-Rubio

durante la guerra civil española y militó en la resistencia francesa, además de ser autor de la célebre novela *La condición humana* (1933), director de la película *L'espoir* (1938), y crítico de arte en *Las voces del silencio* (1951) mantuvo un diálogo esclarecedor con Max Torres, del que fue amigo en “los tiempos de la Guerra de España”. En esa conversación se puede captar la confusión, sorpresa e incompreensión que había sobre los sucesos que estaban ocurriendo en París. Se sabe que el mayo francés se desarrolló después de un período de diez años de crecimiento económico bajo la administración del General De Gaulle. Éste logró someter la rebelión dando mejoras salariales para aplacar a los obreros, disolviendo la Asamblea Nacional y convocando a elecciones legislativas anticipadas para el 23 de junio, las que ganó con amplitud. Pero antes de un año, nuevas votaciones obligaron a De Gaulle a retirarse de la vida política.

Al mayo del 68, aunque fue atravesado por un nutrido componente de tendencias políticas y filosóficas, no se le puede aplicar un modelo de análisis integrador que lo explique e interprete. Toda reducción a una línea de pensamiento preexistente no hace más que convertirlo en un estereotipo. Nicolás Casullo, además de referir que el suceso sólo ocasionó una muerte, “casi accidental”, menciona una frase del sociólogo Edgard Morin: “Lo decisivo de Mayo del 68 es lo que resulta difícilmente explicable”.

Ante todo, no fue una revolución, sino una revuelta, como lo afirma ahora su líder máximo, Daniel Cohn-Bendit, que

El mayo del 68 parisino fue el epicentro de la agitación estudiantil y de la toma de conciencia de las nuevas generaciones que, desencantadas, rechazaban el estado de cosas de un mundo sumido en profundas contradicciones

es representante ecologista (Grupo de los Verdes) en el Parlamento Europeo: “La revuelta fue una forma de expresión política, pero su objetivo no era tomar el poder político como tal. De hecho, su esencia existencial lo hizo *políticamente intraducible*”. El historiador Eric Hobsbawm –citado por Diego Igal– apuntó: “La rebelión de los estudiantes occidentales fue más una revolución cultural, un rechazo de todo aquello que en la sociedad representaban los valores de la *clase media* de sus padres”. Y el prestigioso sociólogo Manuel Castells –que participó de joven en la agitación del 68– acota que: “...la estabilidad de las instituciones que rigen nuestros destinos no se basa en la adhesión de los ciudadanos al modelo de sociedad y de vida nuestra de cada día, sino a la resignación acerca de su inevitabilidad”.

El mayo del 68 fue una explosión generacional, el de una juventud que quería cambiar la vida y superar esa existencia cargada de tedio y rutina que proponía la sociedad de consumo (de allí el eslogan: “No queremos un mundo donde la garantía de no morir de hambre supone el riesgo de morir de aburrimiento”). Anhelaba la felicidad, el apego a ideales, a la utopía como meta vital (“Olvidense de todo lo que han aprendido. Comiencen a soñar”, reza otro graffiti). Rechazaba el control mediático y la sociedad del espectáculo a la que aludía Debord. Y a partir de esa lucha se intensificaron la defensa de los derechos humanos, las posturas antiautoritarias, el feminismo, el respeto a las minorías, la protección del medio ambiente, la participación ciudadana, la liberación sexual y el protagonismo juvenil. Como expresó Juan Gelman en el discurso pronunciado al recibir el Premio Cervantes, el 23 de abril de 2008: “Jamás será posible terminar con la utopía, recortar la capacidad de sueño y de deseo de los seres humanos”.

Germán Cáceres. Escritor argentino. Entre sus libros, pueden citarse *El checo, la gigante y el enano* (1974), *Cuentos para mocosos y purretes* (1980), *Los pintores mueren del corazón* (1985), *Matar una vez* (1992), *Soñar el paraíso* (1996), *Vamos a Manhattan* (1999) y *Entre dibujos, marionetas y píxeles* (2004). Colabora con la Fundación Ciudad de Arena dedicada a la difusión del género fantástico y con varios medios impresos y publicaciones virtuales. En 1997 fue incluido en la antología *Cuentistas Argentinos de Fin de Siglo*, de Editorial Vinciguerra. Ha recibido diversos reconocimientos de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) y en 2002 fue premiado en el concurso de cuentos “Atanas Mandadjiev”, celebrado en Bulgaria, por lo que se le otorgó el título de Gran Maestro del Relato Policial.